

Victorias y padecimientos de la fe

(Sexta parte)

(Heb. 11:32-38)

Introducción:

1. Victoriosos en la confrontación
2. Victoriosos sobre la muerte
3. Victoriosos en la mejor resurrección

Cuando hablamos del tema de la fe, por lo general, pensamos en aquellos grandes y satisfactorios logros que se alcanzan mediante la fe en Dios y en Su Palabra. Por la fe Enoc caminó con Dios y no vio la muerte, sino que ascendió directamente a la presencia de Dios. Por la fe Noé construyó un Arca y se salvó de la inundación del diluvio. Por la fe Moisés logró sacar al pueblo de Dios de la esclavitud Egipcia y los condujo hasta las puertas de la tierra prometida. Por la fe Gedeón y otros jueces lograron conquistar la tierra de Canaán. Por la fe Daniel fue librado de morir en las fauces demoledoras de hambrientos leones. Por la fe muchos fueron librados de serios y reales peligros. Estos son frutos victoriosos de la fe y no sólo caracterizaron a algunos personajes bíblicos, sino que también se pueden ver en muchos de nosotros, hoy día.

No obstante, el autor de la carta a los Hebreos no sólo quiere resaltar los logros agradables o exitosos de la fe, sino que también nos quiere llevar a considerar que los frutos más loables, o el punto culmen o cumbre de la fe, es cuando ella lleva al creyente a confiar plenamente en Dios al pasar por el sufrimiento y el valle de la muerte.

Hoy veremos que el punto cumbre de la fe, al cual debemos aspirar todos, no es cuando somos capaces de conquistar reinos y vencer enemigos, sino cuando hemos logrado doblegar nuestros gozos, intereses y el bienestar personal. Cuando somos capaces de soportar pacientemente y sin protestar la angustia y el sufrimiento que a Dios le place poner en nuestras vidas, por la causa de Cristo.

En nuestro presente estudio veremos el poder de la fe para sustentar el alma en medio de los sufrimientos y las aflicciones más agudas, que sobrepasan lo que pensamos puede ser soportado por la mente y el cuerpo humano.

Los creyentes a los cuales se escribe esta carta han sido confortados al ver cómo Dios ha obrado a través de la historia en sus hijos amados, concediéndoles muchas victorias, sólo a través de la fe, de esa fe que persevera hasta el fin. Pero, es posible que algunos creyentes se hayan dicho así mismos: Eso está bien, ya hemos entendido que a través de la fe podemos conquistar reinos, destruir enemigos y hacer proezas para el avance del reino de Dios, pero, eso no es lo que estamos viendo nosotros. No hemos conquistado nada y no hemos sido librados de la espada, ni de los enemigos del evangelio. Todo lo contrario, estamos siendo perseguidos, despojados y algunos están en la cárcel, otros han muerto o están a punto de morir. No estamos viendo los frutos de la fe en nosotros ¿Será que tenemos poca fe? ¿Será que no hemos aprendido las técnicas para activar una fe poderosa que nos conceda todo lo que necesitamos para ser vencedores en este mundo? ¿Será que algo está fallando en nuestra teología, o estamos en pecados tan graves, que la fe se ha vuelto infructuosa?

Pero no sólo los creyentes hebreos estaban necesitando la fortaleza de su débil fe, a través de los ejemplos de victoria y sufrimientos que caracterizaron a los héroes de la fe en el Antiguo Testamento, sino que muchos creyentes hoy día estamos atravesando diversas adversidades y dificultades por causa de seguir a Cristo: algunos sufrimos burlas de parte de los incrédulos porque no nos identificamos con su sistema de valores, estamos siendo criticados y despreciados por otros creyentes porque tomamos en serio las doctrinas bíblicas, algunos están siendo rechazados por su familia a causa de seguir a Cristo. Todos los verdaderos creyentes necesitamos fortalecer nuestra fe, pues, indefectiblemente sufriremos diversas clases de persecución por causa del nombre de Cristo: Pablo confortó a los creyentes “...confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: *Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios*” (Hch. 14:22).

Todo pastor y predicador tiene la inmensa responsabilidad de advertir a sus oyentes que la verdadera fe, el verdadero evangelio siempre trae consigo muchos sufrimientos. Es una falacia predicar de Cristo prometiendo sólo gozos y alegrías, pues, si bien es cierto que la reconciliación con Dios y el saber que nuestros pecados han sido perdonados y que ahora Dios nos ve como si nunca hubiésemos pecado, todo esto trae consuelo y paz sin igual a nuestra alma; no obstante, el evangelio siempre trae consigo muchos sufrimientos, por esa razón Jesús nos enseñó a “*calcular el costo*” de seguirlo a él (Luc. 14:28). Las pruebas, persecuciones y adversidades son parte normal del evangelio: “*Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese*” (1 P. 4:12).

El Señor Jesús habló abierta y claramente acerca de los sufrimientos como parte normal de la vida cristiana, él no ocultó esta verdad sino que dio a conocer, de manera insistente, lo que iba a suceder con los que quisieran seguirlo, y él afirmó que no admitiría en las filas de sus discípulos a los que se niegan a tomar su cruz, a los que no tienen la intención de someterse a los sufrimientos por amor a Él y al evangelio. Jesús no engañó a nadie con hermosas promesas de un transitar suave y fácil a través del desierto de este mundo. Grandes pruebas y aflicciones caracterizan el camino de la fe. Si el Salvador los encontró, entonces “*bástale al discípulo ser como su maestro*” (Mt. 10:25).

Pero los creyentes no sólo atraviesan el valle del dolor, por causa de Cristo, sino que ejercitan la fe cultivando la paciencia que les permite soportar la aflicción con valentía. La fe es una gracia que atrae desde el cielo la bendición necesaria para el creyente, por lo tanto, ella le permite estar firme en la noche de la adversidad como en el día de la prosperidad. La fe es un principio que gobierna al alma gracias a la nueva creación que ha obrado el Espíritu Santo en el creyente. La fe no sólo da energías a su poseedor para llevar a cabo hazañas, sino que también le permite levantar la cabeza sobre las aguas oscuras cuando las inundaciones amenazan con ahogarlo. La fe del cristiano es suficiente para enfrentar el peligro con calma, para continuar firme en el servicio a Cristo frente a los más angustiosos presentimientos. La fe le concede al creyente una firmeza de propósito, un noble valor, una mente tranquila, frente a cualquier clase de sufrimiento. La fe hace que los

justos sean valientes como un león, y les ayuda a no retractarse de seguir a Cristo, aunque la tortura horrible y el martirio sean la única alternativa.

“*Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección*”. Aunque pareciera que esta declaración forma parte de la sección de las victorias de la fe, mencionadas en el verso 34, considero que es una frase transitoria entre las dos categorías. Pues, estas creyentes, antes de recibir a sus amados mediante la resurrección, sufrieron el duelo de aquel que despide de este mundo a sus seres queridos. Indudablemente esta declaración hace referencia a los casos de la viuda de Sarepta y la mujer sunamita. En el caso de la primera mujer, ésta era una extranjera a la cual la gracia del Señor quiso bendecir mediante la presencia del profeta Elías, el cual fue enviado por Dios para llevar la gracia del evangelio a esta pobre viuda y bendecirla en su necesidad material; pues, debido a una fuerte sequía, hubo hambre en toda la tierra que rodea a Israel, y la gente moría literalmente de hambre. El poder de Dios obró de tal manera que el aceite y la harina, únicos alimentos en la cocina de la viuda, no escasearan, sino que Dios los multiplicó de una manera milagrosa durante todo el tiempo que duró la sequía. A pesar de la gran bendición recibida de Dios, a través del profeta, el hijo de la viuda enfermó gravemente y murió. La mujer extranjera, tal vez influenciada por la teología del profeta, comprendió que la muerte de su hijo se debía a sus múltiples pecados, y vino a Elías, tal vez en un acto de fe, esperando que Dios tuviera misericordia de ella. La Biblia nos dice que el profeta también se angustió y tomó al niño aparte, y oró al Señor diciendo: “*Jehová, Dios mío, ¿aún a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir su hijo?*” (1 Rey. 17:20). Luego, Elías “*se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él. Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió*” (1 Rey. 17:21-22). La fe del profeta le condujo a clamar al Señor esperando que el poder divino le devolviera la vida al muchacho. La viuda había sido muy benévola para con el profeta de Dios, pues, cuando sólo le quedaba un poco de harina y de aceite, con lo cual esperaba preparar un pan, comerlo con su hijo, y luego dejarse morir de hambre; ella mostró su amor para con el Señor preparando el único pan que podía extraer de la poca harina, y darlo al profeta. Dios recompensó esta confianza que ella tuvo en el Señor,

concediéndole la resurrección de su hijo. Ella sufrió la pérdida de su hijo, pues, había muerto, pero luego tuvo el gozo de recibirlo de la muerte a la vida, y todo, por el poder de Dios que obra a través de la perseverante: *“Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo Elías: Mira, tu hijo vive. Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora conozco que tú eres el varón de Dios, y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca”* (1 Rey. 17:23-24).

El otro caso de mujer que recibió de la muerte a su hijo es la sunamita. Esta dama también mostró gran solicitud en servir al profeta de Dios, al punto de construir un aposento para que él estuviera cómodo en él cuando pasara por Sunem. El profeta bendijo a esta piadosa mujer de Israel y oró al Señor para que le concediera un hijo, pues, ella era estéril y su marido, un anciano.

Cuando el niño creció también enfermó gravemente y murió en el regazo de su madre. El dolor de esta madre debió ser muy grande, pues, era su único hijo, el cual le fue concedido en la vejez de su esposo. En su angustia ella recordó al siervo del Señor y le buscó, en un acto de fe, para que rogara al Señor por la salud de su hijo muerto. El profeta Eliseo acudió al llamado de esta piadosa y generosa mujer, oró por el niño, y el alma regresó a su cuerpo: *“Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró a Jehová. Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor. Volviéndose luego, se paseó por la casa a una y otra parte, y después subió, y se tendió sobre él nuevamente, y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos. Entonces llamó él a Giezi, y le dijo: Llama a esta sunamita. Y él la llamó. Y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo”* (2 Rey. 4:33-36). La fe de Eliseo y la fe de la sunamita les permitió ver la resurrección del muchacho, el poder del Señor obró poderosamente haciendo lo que es opuesto al orden natural, que luego que el alma ha salido del cuerpo, cuando sus funciones vitales han cesado, el cuerpo se descompone y el alma se va a su destino eterno, de donde no regresará más sino en el día de la resurrección final para juicio o vida eterna.

Estos dos casos notables demuestran que no hay nada demasiado difícil para la fe cuando se actúa de acuerdo a la voluntad revelada de Dios.

Ahora, recibir a los muertos mediante resurrección, en un sentido aplicativo para nosotros hoy, podemos relacionarlo con lo que el Señor dice en Apocalipsis 3:2 “*Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios*”. La fe busca, a través del Espíritu, revivir aquellas gracias que están languideciendo en nosotros. Ella confía en el poder resucitador de Dios el cual puede avivar la vida espiritual que está en decadencia en algunos de nosotros. En muchas ocasiones, nuestro fervor espiritual se enfría, la santidad llega a un punto bastante bajo, el amor mengua y las otras virtudes cristianas se debilitan, al punto de parecer muertas. A través de la fe perseverante el Espíritu de Dios puede ayudarnos a escuchar y obedecer la palabra poderosa y vivificadora del Señor que nos dice: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*” (Ef. 5:14).

“*Más otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección*”. Es interesante anotar que la palabra griega traducida por *atormentados*, significa literalmente “*estirados*”, y esto hace referencia al instrumento de tortura que usaron algunos imperios para castigar o asesinar a aquellos que eran considerados sus enemigos. Este instrumento también es conocido como el *potro del tormento*. “Se presume que consistía en una gran rueda sobre la cual eran extendidas las víctimas. Entonces se les golpeaba hasta que morían”¹. Es probable que el autor de la carta a los Hebreos, aprovechando el fresco conocimiento que tenían sus lectores de la historia intertestamentaria narrada en los libros apócrifos de la versión griega del Antiguo Testamento, estuviera refiriéndose a algunos mártires macabeos. En el libro 2 de los Macabeos se cuenta la historia de un valiente hombre llamado Eleazar, un anciano de casi 90 años, el cual fue puesto en el potro del tormento, y fue golpeado y torturado hasta morir. Este creyente, pudo mantenerse firme en la fe, a pesar de las dolorosas consecuencias que esta fidelidad a su Señor le estaba causando. Él pudo decir: “*El Señor, que posee la ciencia santa, sabe bien que, pudiendo librarme de la muerte, soporto flagelado en mi cuerpo recios dolores, pero en mi alma lo sufro con gusto por temor a él*” (2 Macabeos 6:30). De la misma manera, una madre y sus siete hijos fueron torturados por el rey Antíoco Epífanes,

¹ Kistemaker, Simon. Comentario a Hebreos.

uno tras otro, pues ninguno de ellos apostató de la fe, confiando en la resurrección para la vida eterna.

Aunque la doctrina de la resurrección de los muertos para vida eterna no es una doctrina muy clara en el Antiguo Testamento, unos siglos antes de la primera venida de Cristo a la tierra, los judíos empezaron a estructurar esta doctrina y a creer que al final de los tiempos se daría la resurrección de todos los muertos, algunos para vida eterna y otros para condenación. Marta, la hermana de Lázaro, expresó creer en esta doctrina cuando, frente a la tumba donde reposaba el inerte cuerpo de su hermano, ella le dijo al Señor: *“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”* (Jn. 11:24).

Los profetas, las mujeres creyentes, los hijos de la fe, los apóstoles, los reformadores, los primeros misioneros en las tierras paganas, y todos los que sufrieron la muerte; aunque algunos de ellos pudieron librarse de la misma, si abdicaban de su fe en Cristo o no proclamaban fielmente el mensaje del evangelio salvador, no estuvieron dispuestos a abandonar a su Señor, sino que ellos fueron conducidos por el Espíritu de Dios a demostrar la valentía de la fe, llevándola al punto más alto posible, soportando en su cuerpo el tormento del sufrimiento físico, con tal de no desagradar a su Señor. Todos éstos mártires de la fe cristiana comprendieron la gran verdad que escribiera el apóstol Pablo: *“Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si lo negáremos, él también nos negará”* (2 Tim. 2:11-12).

Aplicaciones:

- Cuando la fe no es ejercitada el corazón se ocupa con las cosas que se ven, con las cosas temporales; en consecuencia, el mal humor y el resentimiento se presentan constantemente, frente a los sufrimientos y adversidades. Cuando la fe no está siendo ejercitada somos tentados a abrigar pensamientos duros contra Dios, y a decir: “El Señor me ha abandonado, se ha olvidado de mí”; más cuando el Espíritu Santo nos renueva en el hombre interior, y la fe se activa de nuevo, las adversidades y sufrimientos tienen una apariencia distinta, y en vez de irnos contra Dios, decimos como el salmista: *“¿Por qué te abates, oh alma mía, y te*

turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Sal. 42:5).

- Pertenece por completo a la soberana voluntad de Dios el ordenar y disponer las condiciones externas a través de las cuales pasa su iglesia en la tierra de nuestra peregrinación. Los tiempos de prosperidad y los de adversidad son regulados por su santa mente de acuerdo a lo que Él considere sea lo mejor. Son intercambiables, como el día y la noche, el verano o el invierno, las épocas de paz y seguridad, y las épocas de persecución y peligro. Pero Dios no actúa arbitrariamente. Él siempre sabe lo que es mejor para nosotros. Hay épocas de triunfo y prosperidad que luego son seguidas de épocas de adversidad, porque Dios no quiere que nuestros corazones se llenen de grosura y vana confianza, sino que, de tanto en tanto, nos quita nuestra comodidad para que recordemos siempre que vivimos y somos sólo por él.

Sea lo que sea, la fe perseverante, la fe salvadora, conduce al creyente a confiar en Dios y en el evangelio. La fe necesita ser probada para afirmarse en nuestros corazones, de manera que podemos decir que la fe que sufre es mayor que la fe presuntuosa de los que creen que todo será un camino de prosperidad y tranquilidad. Cuando la fe del creyente alcanza este punto cumbre, ella puede afirmar: “*aunque él me matare, en él esperaré*” (Job. 13:15).

Nuestro autor dice que ellos *no aceptaron el rescate*. Es decir, ante estos héroes de la fe se presentaban dos alternativas: ser desleal a su Señor y Salvador o soportar el sufrimiento más atroz. Algunos de ellos fueron estimulados para abdicar de Cristo y a cambio no sólo serían librados de la muerte en el potro del tormento, sino que recibirían honores, riquezas y gloria.

Esta fue una prueba para la fe, en la cual los creyentes demostraron que no tenían en ninguna estima la comodidad de sus cuerpos, sino que su interés estaba centrado en la salvación de sus almas y la comunión eterna con Dios. Estos hombres y mujeres tenían pasiones semejantes a las nuestras, sus cuerpos y su carne era tan sensible al dolor como lo son los nuestros; pero era tal el interés que tenían en sus almas que ellos no prestaron atención a los razonamientos que los hombres hacían con el fin de convencerles de que morir por Cristo era una tontería.

El autor quiere enseñarnos que la fe salvadora, aquella que se apropia de Cristo, se caracteriza por desestimar cualquier comodidad física o terrena, si esta requiere el abandono de Cristo o la falta de total compromiso con él y con su santo evangelio. Sólo los que logran aborrecer sus propias vidas alcanzarán la dicha eterna de la comunión y el gozo con Dios, pues este es un indicador de que se tiene la fe salvadora, la fe que recibe la gracia del perdón.